



Una forma de vida

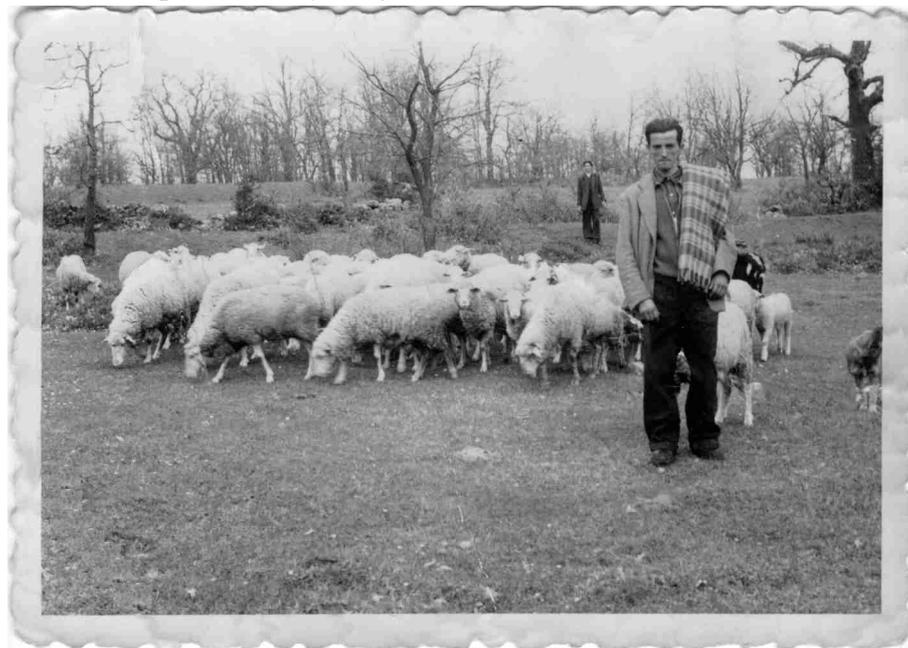
Por Miguel Angel de Pablo

Si habéis llegado hasta aquí, ya estáis al corriente de que en nuestro pueblo se ha descubierto un yacimiento de la Edad del Bronce de gran importancia. Esto ha sido posible gracias al trabajo llevado a cabo, durante años, por Angel, cuyo interés y dedicación se merece el reconocimiento de todos nosotros.

Ahora lo que toca es que este asentamiento, enorme para lo que se conoce hasta ahora, de esta época, sea estudiado por profesionales de la arqueología. Todos conocemos las películas del arqueólogo que, armado de sombrero y látigo, recorre el mundo en una incansable labor para conseguir objetos preciosos de un valor incalculable y llevarlos al museo como lugar que les corresponde.

Sin embargo, la arqueología hoy en día es otra cosa. Son importantes los objetos, pero es mucho más importante la información que nos proporcionan. En este sentido, de lo que se trata es de conocer lo más posible a la sociedad que nos ha dejado esos restos, no solamente en lo que hace referencia a su cultura material, sino también en todo aquello que supone su lugar en el mundo, su sistema económico, las relaciones con sus vecinos y en definitiva su vida intelectual y sus creencias.

Durante mucho tiempo la economía de Cameros en general y del valle del Iregua en particular ha estado basada en la ganadería trashumante. Desde cuando se viene utilizando este sistema de explotación es algo que se discute pero lo que parece lógico pensar, dadas las características del medio físico de la zona es que algún tipo de explotación ganadera se ha dado aquí desde muy antiguo.



Los especialistas en estos temas tratan de explicar un posible sistema trashumante, o algo que se le parece mucho, basándose en cosas como los intercambios de cerámica o de objetos característicos de una determinada cultura y la amplitud de su difusión. En esos estudios curiosamente hay un gran vacío en el que se incluye la comarca de Cameros, pues bien, parece que ese vacío se va a llenar ahora. Decía curiosamente, porque eso supone la ausencia en esos estudios de una de las áreas más importantes en el sistema trashumante que se conoce en época histórica.

Decimos esto porque en este caso tenemos un área de murallas y paredes que ocupan una extensión que puede llegar a confundir la imaginación. Hay kilómetros cuadrados con cercados de piedra o auténticas murallas que no parecen tener razón de ser en el sistema de explotación que ha sido

la norma en esta zona en épocas recientes. No se trata solamente de un recinto cercado. En el interior de este hay multitud de subdivisiones, que en algunos casos contienen túmulos, pero otros no parecen tener una finalidad concreta.

No se construyen murallas de más de dos metros de ancho y varios de alto para evitar que se escapen las ovejas, pero sí puede que se construyan para protegerlas de la rapiña de pueblos vecinos.

En asentamientos comparables a este en cuanto a extensión (Bibracte, Manching y otros) los arqueólogos han identificado las áreas en que se subdividen atendiendo a su finalidad: rediles, lugares de habitación, talleres artesanos, incluso pequeñas zonas cultivables. En nuestro caso es necesario llegar a conocer como se organizaba el espacio, labor en la que seguramente podrían trabajar varias generaciones de arqueólogos, y responder a las preguntas que nos hacemos sobre unas gentes que vivieron en el mismo lugar que nosotros hace miles de años.

Cuando se estudie la zona en profundidad sabremos como era la vida de estos vecinos nuestros de la Antigüedad. Seguramente se podrá conocer a que se dedicaban en sus actividades económicas, donde y cómo vivían, si comerciaban con sus vecinos o lo hacían a gran distancia.

No quisiera terminar esta pequeña contribución sin hacer referencia a otros posibles asentamientos en las proximidades. Tenemos motivos para pensar que en otras zonas del valle del Iregua existen áreas de ocupación de similares características, de forma que el vacío al que nos hemos referido anteriormente puede que no sea tal, tanto es así que puede que todo el valle del Iregua fuese una zona intensamente humanizada en la Edad del Bronce y posteriores.

Tampoco parece casualidad que este asentamiento de grandes dimensiones, que ejerce un dominio tan claro sobre una vía natural de comunicación como es el valle del Iregua, se encuentre en las proximidades de unos yacimientos de cobre que se han explotado en Gallinero en época histórica. El disponer de uno de los minerales imprescindibles para la fabricación del bronce (aleación de cobre y estaño) daría sin duda una ventaja económica y comercial a los habitantes de la zona, tanto para la fabricación in situ del metal, como para su comercialización a través de unas redes comerciales que hoy nos parecen impropias de gentes que vivieron hace tres mil años, pero que en su día se desarrollaron a lo largo de miles de kilómetros.

Se que hay mucha gente que cree que todo lo que vaya más lejos de dos o tres generaciones en el pasado es incierto y que la gente que dice conocer esos hechos son unos ilusos o unos sinvergüenzas que cuentan patrañas a sus semejantes, pero es un hecho que existen técnicas para estudiar estos hechos y personas con conocimientos para utilizarlas.

En la época en que este asentamiento estuvo habitado y lleno de actividad todavía no se escribía con letras. Pero sus habitantes nos han dejado escrita su historia en los restos que permanecen en Cerro Alto. Las personas que pueden leer en esos restos se van a poner a interpretarlos.

Ya veremos que nos cuentan.

En la fotografía, Alejandro Arroyo, el último pastor de Villanueva (realizada en el año 1950 aproximadamente).